MILENIO

Cuatro horas de recorrido: el camino para buscar personas en el Ajusco

The request could not be satisfied.

2025-11-03 | Autor desconocido

Pensar en el Ajusco suele provocar una sensación de libertad. Hacemos mil planes: preparamos un abrigo que tolere el polvo, retiramos dinero en efectivo porque el pago con tarjeta es casi imposible y nos encaminamos en auto para vivir un excelente día de campo.

La diversión parece no terminar en un lugar con una atmósfera que podría salir de cualquier canción de The Horrors: hay ranchos, venues para bodas, clubes hípicos y la posibilidad de vivir un romance donde la naturaleza sea la única testigo. Para muchos chilangos, este bosque es sinónimo de descanso y diversión.

Pero, qué ocurre cuando esa burbuja de hedonismo se rompe y aterrizamos en uno de los puntos marcados por la crisis de desapariciones que atraviesa la Ciudad de México? Montar a caballo ya no suena tan tentador, las bufandas se quedan en casa y ese sentimiento de película se evapora. La música de fondo se apaga para dar paso a carteles de búsqueda.

La realidad que envuelve al Parque Nacional Cumbres del Ajusco es una dualidad hiriente entre promociones de cerveza y familias destrozadas por la ausencia de uno de sus integrantes.

Mientras algunos buscan un lugar para pasar el fin de semana, otros preparan palas y picos para traer claridad a un sufrimiento que jamás imaginaron protagonizar.

Durante la semana del 20 al 24 de octubre, madres buscadoras, encabezados por el Colectivo Una Luz en el Camino, hicieron de este paraje natural un centro de búsqueda para intentar responder una sola pregunta: dónde está mi ser querido?

Por eso mismo, dos reporteros de MILENIO asistieron a la jornada de búsqueda del 24 de octubre; una experiencia que, resumida en pocas palabras, se convierte en una montana rusa de emociones difíciles de explicar incluso ahora.

Llegar al Ajusco no es fácil. Quienes cuentan con los medios pueden tomar el volante, manejar más allá de Perisur, cruzar Six Flags y entrar por la Carretera Picacho-Ajusco; nosotros no. Citados por mensaje y con una hora de referencia las 05:30 horas, el recorrido comenzó desde las instalaciones de MILENIO Diario, caminando hacia el Metro Juárez de la Línea 3 y haciendo un leve cambio a la Línea 2.

El destino: la estación Chabacano, punto de reunión del grupo que salió el viernes 24 de octubre en camiones escolares proporcionados por el Gobierno de la Ciudad de México.

Desde que uno sube al autobús, todo cambia. El ruido de la megalópolis acompana de fondo, pero ya no manda: comienzas a observar cómo suben los familiares de desaparecidos, solidarios (personas que apoyan a las víctimas) y medios de comunicación, los saludos cálidos entre personas que se conocen de tiempo atrás, y los que no quieren dejar nada atrás, ataviados con ropa que les permita moverse en el terreno.

La camaradería se hace presente, los modales definen a las personas y todos saludan. Si la frialdad es lo tuyo, es mejor mentalizarse a ser amable, porque todos comparten destino y causa: buscar rastros de personas desaparecidas.

Se escuchan frases discretas, pero significativas:

El motor arranca, la palanca de cambios suena y sabes que estás en camino. Soportar el tráfico es pan de cada día, pero en esta ocasión cooperó: en dos horas dejamos atrás el Metro, los rascacielos y la contaminación para llegar a Tlalpan, donde comienza otra realidad.

El bullicio urbano da paso a una mezcla única: fichas de búsqueda y publicidad conviven con rostros conocidos en vallas y anuncios. Aún con su tamano, destacan los ojos cafés, la boca roja y los rasgos de quienes faltan, acompanados de frases que piden ayuda:

En una ciudad que invita a la indiferencia, estos ecos no se pueden ignorar. Están ahí, a lo largo del camino, dando una bienvenida triste a un trayecto que cada vez se vuelve más rocoso.

Conforme el autobús proporcionado por el gobierno de la Ciudad de México y facilitado para el traslado se aleja de la urbe, por la ventana comienzan a aparecer los grandes y húmedos clubes hípicos, las lonas que anuncian promociones de micheladas y los negocios con nombres que invitan al viajero a detenerse.

Pero entre esa aparente normalidad también se multiplican las fichas de búsqueda: rostros y mensajes que conviven con la cotidianidad de una forma alarmante.

Es el preludio de un territorio donde la senal celular se pierde por completo, y con ella, muchas veces, la posibilidad de volver a saber de alguien.

Al bajar del autobús, lo primero es el registro de la prensa. Luego, comer algo rápido para tener fuerza; nadie está aquí para un día de campo. Armados con machetes y palas, nos asignan a una célula de búsqueda. Desde ese momento, la jornada comienza.

El terreno impone respeto. La tierra húmeda, el olor a bosque y el frío de la manana envuelven a todos. Las madres buscadoras avanzan sin titubeos: conocen cada vereda, cada grieta, cada sitio que podría esconder una historia. Acompanadas de sus fichas de búsqueda y de un conocimiento que aprendieron a la fuerza, guían al resto del grupo.

Las indicaciones iniciales son claras: mantener distancia, no separarse del grupo y evitar accidentes. El agua se vuelve tu mejor aliado; los sueros, tus companeros inseparables. Luego arranca el ruido de las desbrozadoras, que rompen el silencio y marcan el inicio de la jornada.

El equipo de la Comisión de Recursos Naturales y Desarrollo Rural de la capital (CORENADR) se abre paso con maquinaria, despeja primero el pasto crecido; después avanzan quienes portan machetes, limpiando a mano los alrededores.